

## LA POLITICA CHINA EN RELACION CON BIRMANIA, NEPAL Y PAKISTAN

En un estudio anterior<sup>1</sup> hemos expuesto las características que definen, fundamentalmente, el pleito del Himalaya, es decir, la disputa chino-india, acerca de las fronteras comunes. Este pleito es, a todas luces, la cuestión principal que ahora se debate en Asia. Es el enfrentamiento de los dos colosos demográficos del mundo y está enfocado, como hemos tenido ocasión de precisar, a que el subcontinente indio pudiese, algún día, engrosar las filas del comunismo asiático. Si llegase tal momento, no cabe dudar que la suerte de toda Asia estaría decidida.

La consideración de otras maniobras de la República Popular China nos afirma en la opinión expresada. La intransigencia demostrada por Pekín en el caso de la India parece sospechosa cuando se examina cuidadosamente. Y esta opinión se acrecienta si estudiamos la fácil resolución que tuvieron pleitos similares con otras potencias vecinas como son Birmania, Nepal y Pakistán. Es, así, lícito pensar que son maniobras propagandísticas de diversión para ocultar el punto neurálgico de ataque que es, precisamente, el dirigido a la Unión India.

Concretamente en el caso de Birmania, primero en el orden cronológico, la política de amistosas relaciones con la China Popular se vió, indudablemente, favorecida por la ideología socialista de sus cuadros dirigentes. Los tres hombres más influyentes del Gobierno, U Nu, primer ministro; U Ba Swe, ministro de Defensa, y U Kyaw Nyein, ministro de Industria, con diferentes apreciaciones acerca de los problemas del país, y derivando cada uno su fortaleza política de una fuente distinta, coincidían en la necesidad de mantener una política amistosa con el régimen de Pekín. Esta orientación pacifista no derivaba tan sólo de la filosofía religiosa imperante en el país. U Nu—jefe de la Liga Antifacista—, socialista moderado, era

---

<sup>1</sup> «La cuestión del Himalaya», *Rev. Política Internacional*, núm. 65.

el inevitable mediador en todas las disputas internacionales, el eterno proponente del *pyidawtha*—versión birmana del estado de bienaventuranza—que le dictaba su acendrada fe budista. U Ba Swe—jefe de la organización birmana de Campesinos—era rotundamente marxista y poco occidentalizado. U. Kyaw, por el contrario, se hallaba profundamente inspirado por las ideas occidentales. U Ba Swe fué nombrado primer ministro en junio de 1956 y entonces se demostró que su fuerza política se basaba en los sindicatos. Resulta significativo comprobar que U Ba ascendió a dicho puesto por dimisión de U Nu, que se hallaba disgustado porque China y la U. R. S. S. mantenían directamente contactos con el grupo de oposición a su gobierno, siendo así que él había sido el adalid de la amistad con ambos países. Cuando, nuevamente nombrado primer ministro, en abril de 1957, lanzó una proclama a los rebeldes comunistas de Thakin Than Tun ofreciéndoles un trato suave en caso de rendición, demostraba que persistía en sus simpatías hacia los elementos comunistas y en su filosofía marxista. No obstante, su llamamiento fué desoído por los dirigentes de las guerrillas comunistas, que mantuvieron la rebelión que destruía la vida económica del país.

Fué el general Ne Win quien tuvo que hacerse cargo del Poder en 1958 para concluir con las bandas comunistas. Conseguido su propósito, tras dieciocho meses al frente del Gobierno, entregó el Poder a U Nu. Estos antecedentes indican que en el país existía una corriente de opinión, fundamentalmente marxista, que miraba con simpatía a la China Popular. Todo arreglo amistoso de problemas pendientes, como los fronterizos, había de ser bien acogido.

Así, el 28 de enero de 1960, los jefes de Gobiernos de Birmania y la China Popular firmaban un acuerdo sobre fronteras y un tratado de amistad y no-agresión que solucionaba las diferencias existentes entre ambos países desde 1955. Según los términos del acuerdo, el sector Norte de la frontera chino-birmana quedaba delimitado según la línea *de facto* existente en el momento de la firma, con excepción de la región que comprende los tres poblados Kachin de Hpimaou, Gaulum y Kangfang—donde se produjeron encuentros armados entre tropas birmanas y chinas en 1955—que pasan a China. China aceptaba, por lo tanto, la parte birmana de la línea MacMahon y renunciaba a la región situada más al Norte, a pesar de que estaba reivindicada por los mapas chinos. El territorio de Namuan se cedía a Birmania y China renunciaba a sus derechos de explotación sobre las minas de plata de Lufang. En compensación, China recibía una parte del Estado de

Ua, al oeste de la frontera habitual, comprendidas las regiones que están bajo la jurisdicción de las tribus Panhung y Panlao. Los límites de jurisdicción de ambas tribus se determinan por una comisión conjunta que se crearía para tal fin, así como para señalar sobre el terreno los restantes sectores de la frontera afectados por el acuerdo.

En opinión del Gobierno de Pekín, el éxito que había coronado las negociaciones se debía, fundamentalmente, a que el problema fronterizo era una herencia histórica que no había podido ser resuelta antes porque el imperialismo dominaba a los países interesados y creaba fronteras artificiales. Conseguida la libertad y la independencia, ambos Gobiernos habían podido negociar y fijar formalmente las fronteras comunes con un espíritu de comprensión y amistad.

Mediante este acuerdo, China obtenía considerables ventajas de variada índole. No perdía ninguna región vital para sus intereses y, por el contrario, mediante la firma del tratado de amistad y no-agresión, el régimen de Pekín se aseguraba de que Birmania no formaría parte de ninguna alianza militar enemiga, como la S. E. A. T. O. Al propio tiempo lograba un éxito propangandístico de vastos alcances presentándose, a los ojos de otros pueblos asiáticos, como un Estado deseoso de arreglar pacíficamente todos sus problemas internacionales. Con ello trataba de extender el respeto exterior a sus Cinco Principios que habían conducido a esta forma amistosa de resolver las diferencias internacionales. Por añadidura, mediante el Acuerdo, se eliminaba todo recelo que pudiera subsistir en Birmania, tras de las fracasadas revueltas de las bandas rebeldes, contra el comunismo, y se posibilitaba que la infracción pudiese proseguir en el país.

La firma del Acuerdo fronterizo con Birmania supuso la iniciación de una etapa de fortalecimiento de las mutuas relaciones amistosas. Por otra parte, Birmania había recibido de China un préstamo de cuatro millones de dólares.

El 31 de julio de 1960, el general Lo Rui Ching, jefe del Estado Mayor, general del Ejército popular de China, ofreció un banquete en Pekín en honor del brigadier general Aung Gyi, subjefe del Estado Mayor birmano, y a los delegados que le acompañaban, estando presente en el acto el mariscal Chen Yi, viceprimer ministro chino. Fué una demostración de la penetración alcanzada por los militares de los dos países. El general Aung Gyi saludó en su discurso la amistad entre los pueblos y las fuerzas armadas de Birmania y China, diciendo que «las fuerzas birmanas harán todos los esfuerzos para ayudar a establecer una frontera de paz y amistad sobre la

base de los Cinco Principios de la coexistencia pacífica. La cooperación positiva de las dos fuerzas armadas es una página gloriosa de la historia». Las relaciones entre Rangun y Pekín llegaban a ser muy cordiales y el especial empeño que China ponía en cultivar la amistad del Ejército birmano tenía un motivo que consideraba fundamental, como era el que éste se decidiese a eliminar a los restos de las tropas de Chiang Kai Chek, que subsistían en la jungla birmana junto a la frontera china. Aunque de efectivos débiles, Pekín consideraba su presencia como una amenaza, puesto que, como guerrilleros, hacían incursiones en el continente chino favorecidos por la simpatía de muchas poblaciones anticomunistas. Una vez creado el clima de amistad propicio, el 2 de enero de 1961 llegaba a Rangun el jefe del Gobierno chino, Chu En-lai, para asistir, especialmente invitado, a las fiestas conmemorativas de la independencia birmana y proceder al intercambio de los instrumentos de ratificación del Acuerdo fronterizo. Pero es posible pensar en que, aparte de estos motivos visibles, al propio tiempo se trató del tema de los guerrilleros chinos nacionalistas porque inmediatamente después de la marcha de Chu En-lai se iniciaron violentos combates en el Mekong contra las tropas del Kuomintang que estaban bajo el mando del general Li Ming, con el objeto de suprimir todos los efectivos chinos armados adictos a Taiwan que subsistían dentro del territorio.

El 17 de febrero de 1961 cazas birmanos derribaban un tetramotor de Formosa y, simultáneamente, se producían manifestaciones ante el Consulado de los Estados Unidos en Mandalay, protestando contra el envío de armas de origen americano a las bandas nacionalistas que operaban en el interior de las fronteras birmanas. A propósito de la destrucción de su avión, Taipei declaraba que se trataba de un aparato civil de transporte, encargado de aprovisionar por medio de paracaídas a sus patrullas de la China continental. Ante la desesperada situación que la hostilidad del Gobierno birmano creaba, los oficiales y soldados chinos nacionalistas, que bajo el mando del general Li Ming habían combatido durante once años a las tropas comunistas en la jungla, se vieron precisados a evacuar Birmania, pasando, en gran número, a Tailandia, cuyo Gobierno les concedió un plazo para abandonar el país. El 6 de marzo, el ministro tailandés del Interior, general Charusathiara, declaraba que todas las fuerzas adictas a Taiwan habían abandonado el país antes de que expirase el plazo concedido.

Esta acción del Gobierno de Rangun mereció la más clamorosa acogida por parte de Pekín. Para consolidar la amistad los dos jefes de gobierno se entrevistaron precedidos de gran aparato propagandístico el 17 de abril

de 1961. El jefe del Gobierno birmano, U Nu, declaraba que había llegado a un completo acuerdo con su colega chino, Chu En-lai, en cuanto a asuntos de interés mutuo tratados entre ambos.

El 2 de marzo de 1962 se producía en Birmania un golpe de Estado a consecuencia del cual el Ejército, sin efusión de sangre, se hacía cargo del Poder. El general Ne Win sustituía a U Nu, pero las líneas fundamentales de la política exterior relativa a la China Popular se mantenían inalteradas persistiendo la atmósfera de confianza y buena disposición mutua. Los dos Estados mantenían cordiales relaciones, que se comprobaron cuando, el 27 de noviembre de 1962, llegaba a Rangun el ministro adjunto de Asuntos Exteriores de la República Popular China, Kwang Chien, para exponer al general Ne Win la posición de Pekín en el conflicto chino indio. Este acontecimiento demostraba que Rangun no había variado su política exterior y, también, que Pekín, que no ha tenido graves inconvenientes en llegar a acuerdos fronterizos con los restantes países asiáticos, centra su hostilidad en la India tratando de minar su prestigio a los ojos de sus vecinos, fortaleciendo su posición como potencia directora de Asia.

Con respecto al Nepal, la política desplegada por Pekín fué distinta y acomodada a las realidades imperantes en el país. Para comprender la sutil política desarrollada por la China Popular, debemos, necesariamente, remontarnos algunos años para conocer el ambiente que ofrecía el país. En febrero de 1955 el entonces rey, Tribhuvana, se encontraba sometido a tratamiento médico en Francia. El jefe del Gobierno, M. Koirala, había entrado en conflicto con su hermano, B. P. Goirala, que dirigía el Partido del Congreso de Nepal y que, anteriormente, había acaudillado la revolución de 1950. El choque entre ambos estadistas motivó que el Gobierno de coalición fuera derrotado por la Asamblea en enero de dicho año y que tuviese que dimitir. El príncipe heredero, Mahendra Bir Bikram Deo, ante la grave situación interna, marchó a Francia para entrevistarse con su padre y volvió con plenos poderes. Su primer acto consistió en privar al jefe del Gobierno de cuatro carteras importantes que retuvo bajo su control. Con tal determinación demostraba que la Monarquía estaba decidida a intervenir directamente cada vez que las circunstancias del país lo requiriesen. En marzo siguiente fallecía, en Zurich, el rey Tribhuvana—que reinaba desde 1911—, subiendo al Trono Mahendra. Los políticos más caracterizados persistieron en sus luchas personales. En 1957 el jefe del Gobierno, Tanka Prasad Acharya, al ser depuesto, se negaba a que su Partido, el Praja Parishad, participara en el Gobierno de coalición. El rey tuvo que influir para que dicha

colaboración, a la que no accedió Tanka, se llevase a efecto, y K. I. Singh fué nombrado jefe del Gobierno. Tanka Prasad adoptó entonces una postura francamente hostil, declarando que si fuese necesario marcharía a China, donde Chu En-lai le había prometido un empleo en la Universidad de Pekín, como profesor de nepalí. Se demostraba, ya entonces, que la China Popular había desplegado una amplia campaña de captación de los dirigentes nepalíes empleando distintos procedimientos para hacerlos sensibles a sus proyectos. La propaganda comunista se intensificaba en el Nepal, cuyas inclinaciones neutralistas se incrementaban visiblemente. Bien es cierto que en el panorama político del Asia resulta difícil a cualquier Gobierno mantener otra postura política que no sea esta de procurar mantenerse en equilibrio entre los dos bloques. Nepal, consciente de la amenaza que la China Popular pudiera significar en el futuro para su independencia nacional, trataba afanosamente de mejorar sus relaciones con la Unión Soviética, buscando que Moscú pudiese servir de contrapeso en el caso de que Pekín manifestara ambiciones desmedidas. Como garantía ofrecía el concurso de su neutralismo a ultranza. Así, en el comunicado soviético-nepalí de 5 de febrero de 1960, tras la visita del mariscal Vorochilov a Katmandu—devolviendo la visita del rey Mahendra a Moscú en el verano de 1958—, se decía que Nepal «es un país adherido a la paz».

Parecía claro, por lo tanto, que esta forma de ostensible amistad soviético-nepalí y esta profesión de fe neutralista, cultivada con tanto esmero en su política personal por el rey Mahendra, debía alejar del Nepal todo espectro de posibles roces con su vecino comunista chino. Pero, como ya se ha dado significativamente en otros casos, bastó que Moscú llegase a un claro entendimiento con Katmandu para que Pekín adoptase inmediatas acciones que han de considerarse, inevitablemente, como un intento de enmendar la plana a la política trazada por el Kremlin. Efectivamente, a los tres meses escasos de la visita del presidente del Presidium de la Unión Soviética, en junio de 1960, China concentraba sus tropas en la frontera nepalí. La alarma hizo que inmediatamente se iniciaran gestiones con Pekín. El 26 de junio, dos mil soldados chinos habían atacado a una patrulla nepalí que se encontraba en territorio propio, matando a un oficial y quince soldados. El 28 de junio, el Ministerio nepalí de Asuntos Exteriores comunicaba que la República Popular china aseguraba que retiraría sus tropas de la frontera cuando fuera dominada la sublevación tibetana. Pese a la promesa, la situación no era tranquilizadora y los informes recogidos acerca de concentraciones militares chinas determinaron que, en junio, Nepal reforzase su Ejército y que

el Parlamento aprobase la formación de Fuerzas Armadas Auxiliares y decretase la instrucción militar obligatoria para los jóvenes de ambos sexos de más de catorce años.

Junto a la amenaza que se cernía sobre sus fronteras, Nepal advertía claros indicios de subversión interna fomentada desde el Poder y ante esa amenaza, en diciembre de 1960, el rey Mahendra se hacía cargo del Poder y ordenaba la detención del primer ministro, B. Prasad Koirala, del ministro del Interior y de otros altos funcionarios. Numerosos comunistas y miembros del Partido del Congreso eran detenidos en todo el país. Se informaba que el hermano del jefe del Gobierno, Manmohan, era el dirigente de la conspiración comunista que había fracasado. El viceprimer ministro, general Subarna, había escapado a la detención y se refugiaba en la India veinticuatro horas antes del golpe de Estado dado por el monarca.

Estos cambios no modificaron la política exterior trazada, ya que se mantuvo el neutralismo que tantos defensores tiene entre los países afroasiáticos.

En tal calidad participó—en septiembre de 1961—en la Conferencia de Belgrado, pero aun cuando en ésta se aprobó, por mayoría, una conclusión que recomendaba que el régimen de Pekín debía ser admitido en la O. N. U., el rey Mahendra, en unas declaraciones hechas a la prensa, formuló duras acusaciones contra la China Popular, de la que dijo pretendía apoderarse del monte Everest que Nepal «se niega a abandonar a China». «La montaña más alta del mundo tiene para nosotros—dijo—, independientemente de razones estratégicas, un gran valor sentimental, nos pertenece y nadie nos la podrá arrebatar.» Mientras estas palabras las pronunciaba en Belgrado, en Pekín tenían lugar las conversaciones chino-nepalíes sobre el trazado fronterizo. China mantenía que la vertiente del norte del Everest pertenecía al Tibet, y por lo tanto a China, mientras que Nepal sostenía que todo el monte, en ambas vertientes, es de su país. Ante la inflexibilidad demostrada, el 28 de septiembre se anunciaba el grave desacuerdo: Pekín proponía una soberanía conjunta chino-nepalí sobre el Everest, pero Katmandu rechazaba terminantemente la idea. Al día siguiente llegaban a Pekín, en viaje oficial, los reyes del Nepal, y, tras de sus gestiones, el 15 de octubre se anunciaba que quedaban resueltos satisfactoriamente los problemas fronterizos entre los dos países, siendo firmado el Tratado el 27 de octubre. El rey Mahendra subrayaba en sus discursos que mediante el Tratado su país aumentaba su área en 480 kilómetros cuadrados, en los que se incluye el Everest, cuya soberanía nepalí terminaba por reconocer la China.

El presidente chino, Liu-Shao-chi, firmante del Tratado, declaraba que Pekín estaba dispuesto a ayudar a Nepal construyendo una red de carreteras en la zona fronteriza entre ambas naciones. Además, China había prestado a Nepal 12 millones de dólares para sanear su economía.

También en el caso de Nepal, como anteriormente en Birmania, se veía a China deseosa de causar buena impresión internacional, cediendo incluso en algunos puntos que consideraba fundamentales. Claro que no era ajena a esta buena disposición el efecto causado por el rey Mahendra divulgando ante la Conferencia de países neutralistas las exigencias chinas. Evidentemente, Pekín trataba de forjarse un ambiente de comprensión y de cooperación internacional con sus vecinos que no hubiese podido lograr de fracasar las negociaciones chino-nepalíes. La firma del Tratado era un tanto propagandístico que podía apuntar Pekín en su haber.

Pero, simultáneamente con el Tratado, Pekín introducía una fisura en las relaciones indio-nepalíes, que, tradicionalmente, habían sido excelentes. El 26 de enero de 1962, el rey Mahendra declaraba que «los traidores están intentando apoderarse del Poder en Nepal desde el refugio de una potencia extranjera». Aunque no identificada dicha potencia, era evidente que se refería a la India, donde se hallaban exiliados numerosos adversarios políticos del monarca. Al día siguiente se producían levantamientos armados contra el rey, quien acusó a los rebeldes de actuar por instigación del Gobierno de la India. Este enfriamiento, por no decir hostilidad, en las relaciones entre ambos países se debía, posiblemente, a la intervención china. Porque precisamente antes de marchar a Belgrado, el rey Mahendra había estado visitando a Nehru en Nueva Delhi y se había demostrado cordialidad entre los dos estadistas. Resulta significativo que pocos meses después, precisamente tras de la visita a Pekín del rey nepalí, cambiasen tan radicalmente las relaciones.

Este ataque tuvo como consecuencia que el Ministerio indio de Asuntos Exteriores recalcase que ya en noviembre de 1959 el primer ministro Nehru había declarado que ningún ataque verificado a Nepal por parte de alguna potencia exterior podría ser considerado como un «ataque a la India». Claro está que, después de la firma del Tratado chino-nepalí, la amenaza de Pekín contra el país podía considerarse muy dudosa. La frialdad de relaciones era evidente, tanto más cuanto que la India, por boca de Nehru, está comprometida a defender Sikkim y Bhutan, países ambos a los que la China Popular había solicitado la apertura de negociaciones para la firma de tratados fronterizos sin que se hubiesen decidido a ello.



Ante las profundas discrepancias indio-nepalíes, el rey Mahendra se trasladaba, el 18 de abril de 1962, a Nueva Delhi para entrevistarse con Nehru. El día 23 se publicaba un comunicado conjunto en el que se reconocía que la India está virtualmente interesada en la «estabilidad y progreso» de Nepal. Pese a la corrección del texto oficial, se trasluce que si no hostilidad, persiste la frialdad de relaciones que Pekín, con sus hábiles manejos, supo introducir entre los dos Estados anteriormente bien compenetrados.

Alentada por el éxito obtenido en las negociaciones con Birmania, la China Popular iniciaba el 16 de enero de 1961 conversaciones con Pakistán para la delimitación de la frontera común. A los ojos de Pekín, Karachi tiene una importancia considerable por formar parte del Tratado Central (CENTO), coalición militar que le causa grave preocupación. Si las conversaciones se desarrollaban de tal forma que pudiesen conducir a una retirada del Pakistán de esa alianza, Pekín habría obtenido un triunfo considerable. Alejado el peligro de los guerrilleros de Taiwan que operaban en Birmania, la ruptura de toda alianza militar favorecida por los occidentales de un país de gran potencialidad bélica como Pakistán había de suponer un alivio en las preocupaciones de la China Popular. Con ese objetivo supremo, y no con el limitado de unos arreglos fronterizos, es de suponer que Pekín acometiera tal empresa. Se daba la circunstancia, favorable al comunismo chino desde todos los ángulos, de que Pakistán y la Unión India mantenían un recelo considerable a propósito del caso de Cachemira y Pekín pensaba explotar a su favor esta divergencia que, de encontrarse, había de favorecerle notablemente. Al propio tiempo, todo arreglo que se consiguiese con Pakistán había de ser un instrumento de presión sobre Nueva Delhi que podía ayudar a conseguir las más favorables condiciones en la disputa fronteriza que mantenía Pekín con el último país. El gesto de China Popular de iniciar las negociaciones suponía por lo pronto un éxito propagandístico que había de sumar al que había logrado en Birmania, pero, tal vez, el momento no era el más apropiado para conseguir un rápido final de las conversaciones. Así, Pekín sustentó desde el primer momento unas reclamaciones desproporcionadas que condujeron a un aplazamiento, si no ruptura, ante la firme actitud del Pakistán. El 13 de enero de 1962 se informaba que Pekín reclamaba parte considerable de la Cachemira administrada por el Pakistán, afirmando que formaba parte del territorio chino. La zona reclamada tenía una extensión de 1.000 kilómetros cuadrados y las tropas chinas habían invadido varias veces ese área retirándose después de cada «acción de reconocimiento». Para apoyar sus pretensiones, Pekín, siguiendo una trayectoria

inalterada, había publicado mapas en los que se hacía aparecer la zona reclamada como «parte del territorio chino».

Mientras tanto, se producía un hecho que había de tener considerables consecuencias: la India concentraba tropas en la frontera con el Pakistán. El 16 de enero de 1962, el presidente Ayub Jan acusaba a la India de tales movimientos militares que consideraba se efectuaban con intenciones invasoras. «El militarismo hindú—decía—constituye una amenaza para todos los vecinos del país.» El fantasma de la precaria paz lograda en Cachemira tras del armisticio indio-pakistaní de enero de 1949 volvía a alzarse presagiando nuevos conflictos bélicos entre los dos países, pugna que sólo, en último término, podía favorecer a Pekín<sup>2</sup>. La situación era tanto más desagradable por cuanto unos meses antes, en septiembre de 1960, ambos países habían firmado en Rawalpindi el acuerdo sobre el reparto de las aguas del Indo, lo que hacía presagiar una era de concordia entre el Pakistán y la India. China Popular consideraba que, ante el peligro de una guerra con la India, Pakistán tendría interés en dejar resuelto su problema fronterizo con Pekín. Por otra parte, el presidente Ayub Jan había demostrado una gran flexibilidad ideológica, pues, aun formando parte de una coalición militar patrocinada por los Estados Unidos, tal como el C. E. N. T. O., había sabido compaginar esa actitud con una actuación internacional tal que había logrado de la U. R. S. S. un empréstito de treinta millones de dólares para sondeos petrolíferos y, en mayo de 1961, había enviado una delegación a Moscú para gestionar ayudas soviéticas para el ambicioso programa de desalación y desecación de 29 millones de acres en un período de diez años. Claro está que, como dijera el mariscal pakistaní, «la aceptación de un empréstito soviético no implica ningún compromiso político», pero, evidentemente, a los ojos de Pekín esta conducta permitía hacer suponer que el Pakistán había logrado una independencia de criterio del que no cabía excluir, por completo, el resentimiento que debía haberle producido el ver su petición de 900 millones de dólares, destinada al plan quinquenal, rechazada por Washington el 13 de junio de 1961. Esta negativa, como en el caso de Nasser con la presa de Assuan, había desembocado, trece días más tarde, en la firma de un acuerdo entre la U. R. S. S. y el Pakistán mediante

<sup>2</sup> Como TOYNBEE afirmaba, el Pakistán y la India tienen que escoger entre resolver sus mutuas disputas—que son simples disputas territoriales y no poner en juego la existencia de uno de los Estados—o perder su independencia frente a la potencia china. (ARNOLD TOYNBEE: «Impressions of Afghanistan and Pakistan's North-West frontier in Relation to the Communist World», *Int. Affairs*, 37, 2, 1961.

el cual Moscú facilitaba técnicos y material para los yacimientos petrolíferos. Pese a la posterior entrevista, el 11 de julio del mismo año, Ayub Jan-Kennedy, celebrada en Washington, el presidente pakistaní declaraba en la capital norteamericana que su país votaría en favor de la admisión de la China Popular en las Naciones Unidas si se planteaba la cuestión. Es decir, que Karachi acentuaba progresivamente el despegue de su postura previa de occidentalismo a ultranza.

Durante el mes de octubre de 1962, las tropas comunistas chinas verificaron numerosos ataques en la frontera india que culminaron, el día 19, con el desencadenamiento de una ofensiva en gran escala. La precaria, más bien crítica, situación en que el ataque colocó a las tropas indias hizo que varias potencias occidentales, especialmente los Estados Unidos, acudiesen en auxilio de las tropas de Nehru. Los envíos de armas se multiplicaron y esta circunstancia creó un ambiente de malestar y desconfianza en Pakistán, ante el temor de que, por lo menos en parte, fuesen empleadas contra su país, ya que veían que, pese al ataque chino, el grueso de las fuerzas indias, especialmente sus unidades más combativas, permanecían estacionadas en la frontera paquistaní. El 29 de octubre, el ministro de Asuntos Exteriores, Mohamed Ali, declaraba que una ayuda militar masiva de los Estados Unidos a la India sería considerada como «acto inamistoso» por su país. El 13 de noviembre, el propio presidente, Ayub Jan, se consideraba obligado a reforzar dicha advertencia, enviando un mensaje personal al presidente Kennedy expresando las vivas inquietudes que sentía por la entrega de material militar a la India. El 17 de noviembre, el Ministerio de Asuntos Exteriores del Pakistán se declaraba preocupado por el «grave desequilibrio de potencial militar» entre su país y la Unión India. Pese a estas caracterizadas gestiones, el suministro de armamento a la India continuó y, en vista de la situación, el 21 de noviembre, el presidente Ayub Jan declaraba que Pakistán revisaría su política exterior.

Se había llegado de tal modo al momento culminante de una larga evolución que los agudos ojos de Pekín venían intuyendo. El conflicto que oponía a la India y al Pakistán podía producir los frutos que China ambicionaba. Se comprende, así, en sus verdaderas proporciones, el significado de la nota que el Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular china había entregado a la Embajada india en Pekín el 31 de mayo del mismo año «rechazando categóricamente la injustificada protesta del Gobierno indio en relación con el anuncio chino de que este país se dispone a iniciar negociaciones fronterizas con Pakistán». Esta nota rechazaba las decla-

raciones indias (10 de mayo) según las cuales el Gobierno de Pekín había aceptado sin reservas que Cachemira estaba bajo soberanía india y que no existían fronteras comunes entre China y Pakistán. «Existe una frontera de varios centenares de kilómetros—decía la nota china—entre la provincia de Sinkiang y las zonas de defensa actualmente bajo el control del Pakistán, que no han sido oficialmente delimitadas nunca.» Pekín, que, indudablemente, para esas fechas proyectaba el ataque en el Himalaya, sabía que al producirse el conflicto se estaría en el momento más favorable para unas negociaciones fronterizas con Pakistán que podría provocar la separación de este país de las demás potencias occidentales. Al apoyar la tesis pakistani sabía, también, que su gesto no dejaría de tener inmensas repercusiones favorables entre el pueblo pakistani ante el cual se presentaría Pekín como un adalid de su causa nacional.

Es por lo cual, al día siguiente de las categóricas declaraciones del presidente Ayub Jan prometiendo revisar su política exterior, que Pekín, por boca de su jefe de Gobierno, Chu En-lai, invitaba al ministro de Asuntos Exteriores pakistani, Mohammed Ali Bogra, a visitar Pekín. Las conversaciones fronterizas—iniciadas en Pekín el 12 de octubre—, que siguieron a la visita progresaron satisfactoriamente, merced a este clima de confianza hábilmente creado por las autoridades chinas, el 28 del pasado mes de diciembre se anunciaba que se había llegado a un acuerdo de principio sobre las fronteras chino-pakistaníes, y el 2 de febrero de 1963 se firmaba el tratado fronterizo. Se había obtenido por Pekín un éxito propagandístico del mayor impacto. «El acuerdo—se expresaba oficialmente en Pekín—respeto los derechos de los dos países y muestra la eficacia de la negociación como medio pacífico para resolver los problemas internacionales sobre la base del respeto mutuo y de la buena voluntad.»

En Pakistán la noticia causó una satisfacción incalculable, la opinión pública le dispensó una entusiasta acogida y fué calificada de «acto de sabia comprensión» y de «alta política». Este último calificativo es indudable que refleja bien el alcance de la política desarrollada por la China Popular. Después de tal acuerdo puede sentirse segura, sabedora de que forme o no parte del C. E. N. T. O., el Pakistán jamás atacará sus fronteras. Al mismo tiempo, lanzado a la faz del mundo, el acuerdo es un instrumento de presión contra la India que no puede ignorar que, ante muchos países, su decisión de no plegarse a las exigencias chinas será presentado hábilmente como intransigencia causante de la prolongación del conflicto y Nehru quedará desacreditado en muchos círculos.

Mediante estos sucesivos Tratados de fronteras con Birmania, Nepal, Pakistán—y el que el pasado 26 de diciembre firmó con Mongolia—, China Popular ha arreglado sus fronteras satisfactoriamente. Ha logrado un éxito propagandístico considerable y ha eliminado amenazas militares, como las de los guerrilleros chinos de Birmania, o atenuado otras, caso del Pakistán. Al propio tiempo ha puesto en difícil situación dialéctica a la India, país en el que concentra sus mayores ambiciones, puesto que todo retraso en llegar a un acuerdo con Pekín tiene que ser interpretado como torpezza e intransigencia. Así, el 27 de diciembre, Chu En-lai declaraba que la India debía negociar sus fronteras amistosamente como habían hecho ya Birmania, Nepal, Pakistán y Mongolia.

Es evidente que mediante tales Tratados la China Popular no ha salido gananciosa territorialmente en la medida que su fuerza militar parecía presagiar. Pero el fin último de Pekín no es tanto lograr una extensión territorial que, por amplia que fuese, sería insignificante en comparación de su ya inmensa extensión, como la de comunizar a esos países, y para ello, le era preciso rodearse de una aureola de comprensión y generosidad, establecer lazos políticos y culturales y, en suma, ganar las simpatías de una gran masa de la población que, por seguir siendo nacionalista, no hubiese perdonado nunca toda mutilación del territorio patrio. Viendo lo ocurrido en la India, donde el partido comunista, aunque tal vez sólo superficialmente, se ha visto forzado a criticar duramente la conducta de Pekín para sustraerse a las iras de la población, se advierte que la conducta china debe haber estado inspirada por tales consideraciones.

Y si, como es de suponer, el fin último del régimen de Pekín es extender el comunismo entre los países asiáticos con los que ha venido firmando unos «amistosos» tratados, no cabe negar que la habilidad y la sagacidad más exquisita han brillado en la conducta desplegada por Pekín.

Y, junto a este aspecto, que podemos calificar a largo plazo, de la China Popular, no podemos pasar por alto otro que es inmediato: la vigorización de todo género de disputas, recelos y enfrentamientos entre los países asiáticos. El aumento de la tensión indio-pakistaní, la desconfianza infiltrada entre el Nepal y la India, etc., son elementos que han de proporcionarle cuantiosos dividendos. Toda pugna que pudiese degenerar en conflictos armados debilitaría mutuamente a los adversarios, destruiría o dañaría gravemente a sus economías y, en suma, facilitaría la penetración comunista en el país. El comunismo se extiende fácilmente entre poblaciones depauperadas por la guerra o el hambre y los síntomas a que asistimos en el meridión de Asia:

parecen indicar que no han terminado los conflictos que ensangrientan esa parte del mundo.

Junto a ambos motivos podemos incluir otro fundamental para Pekín y es el que, ante tan señalados éxitos, los partidos comunistas asiáticos deben de considerar al chino como el más prestigioso y el que ocupa el primer puesto mundial. Si países que, como Nepal o Pakistán, habían empezado entendiéndose con Moscú, han tenido, en último término, que negociar con Pekín, queda claro que es en esta última capital donde reside el poder en Asia. Esto parece aclarar el especial empeño puesto por Pekín en crear graves fricciones (caso del Nepal) tan pronto como alguno de esos países fortalecía sus relaciones amistosas con Moscú. El comunismo chino aspira a desplazar al soviético del liderato marxista-leninista y, para lograr su objetivo, empieza por crear en los países asiáticos una cohorte de satélites indispensables para el triunfo.

JULIO COLA ALBERICH.

## *CRONOLOGIA*